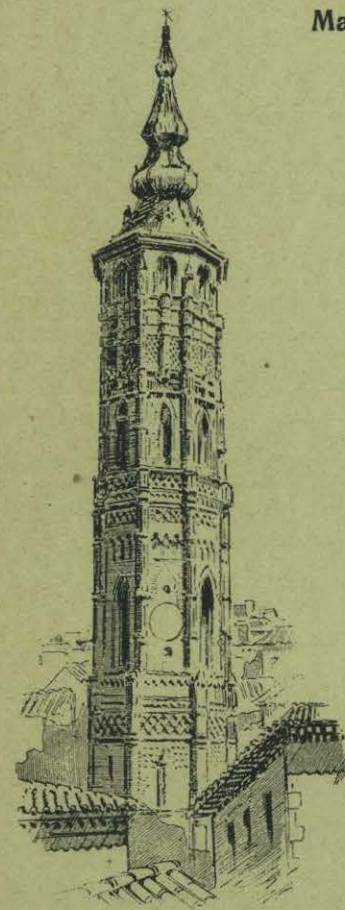


¡Y cuántas de las páginas de la epopeya hispana
En tierra americana
Ha escrito roja sangre de indio y conquistador!

Manuel Múzquiz Blanco.



Cap. XI

CAPÍTULO VNDÉCIMO

DE LA MUY GRANDE MARAVILLA QUE HUBO
EL CAPITÁN DÍAZ EN EL VIAJE HASTA EL LUGAR DE PEROTE,
DE DONDE FUIMOS LA VUELTA DE TLAXCALLA



UNCA ni en parte alguna, como en Jalapa, nos sentimos nosotros menos lejos de las huertas natales: de aquella tierra de ensueño que baña el Mediterráneo y cobija y ampara el cielo más azul y luminoso...

Y cuantas veces nos depara la suerte ir al vergel de Méjico, vamos á vivir una hora el recuerdo—que allí casi se torna hermosa realidad—de los jardines valencianos, en ese delicioso rincón de paraíso llamado Coatepec, donde el suelo y el aire, la vida toda, no son sino un perfume: de gardenias, azahares y jazmines, en el verde oleaje de aquellos altozanos en que se ondula y quiebra la campiña, con sus remansos de la blanca espuma que fingen los plantíos, donde las flores de los naranjos y los limoneros, de las rubiáceas y de los jazmineos se exhiben á montones (vale el prosai-

co símil) en sábanas de aromas y pureza tendidas sobre el acolchado tapíz que alfombra aquellas salas de Pomona gentil...

Pero, esta vez, más que vivir la hora de soledad sedante, del *no pensar* benéfico, allí también nos amargó el reposo la tremenda inquietud con que el programa de la tarea impuesta nos viene atormentando—por lo que se refiere al tiempo disponible—desde que comenzamos el viaje.

Por ventura, nuestra buena estrella que tantas otras veces nos sacó en bien de empeños aun mayores, alumbró las negruras del conflicto, y sonriónos (en ello no veais contrasentido) sonriónos, decimòs, en el gesto de espanto con que la *Sombra* del bravo capitán é historiador veraz llamado Bernal Díaz del Castillo, vino de nuevo á nuestro lado, cual si saliese de entre las matas olorosas, campo al través, á su paso azorado tronchando ramas, deshojando flores y haciendo gran destrozo en las matas de un campito fresal. En fin, que hasta el punto donde son concebibles las señales del pánico y del humano espanto en una *sombra*, aquélla presentábase denotando muy grande confusión: demudado el semblante, receloso el mirar y temblona la voz.

♦♦♦

.....
..... —Vive Dios, que llego con el ánima En tan gran

sobresalto Y el sentido con tales descalabraduras que yo no açertaré á deçillo en tanto que no me buelve el sosiego, que van A oyr cómo me avino en esos parages del otro lado destas huertas el más nuevo Contraste, y vengo acuitado de tan gran temor y Espanto y esta tan estremada alteraçión, que me paresçe soy más muerto que vivo. Diré que estaba En aquel lugar haziendo memoria de tan mudados como son estos parages y ansí del tiempo que es pasado de tantos çientos de Años, con el buen deseo de vos dezir por este lado avreis de tomar el camino ó por el otro lado ha de ser. Y mayormente aun que la floxedad de la memoria En cosas que tampoco quando lo de mi Verdadera rrelaçión las puse con la claridad conviniente, sería por que no le dí ninguna Importançia en aquella ocasión ó sería porque se me fué de la Pluma con lo viejo y trabajoso y çiego, teniendo puesta la atençión En materias de mayor Interés. E ansí digo ahora que con fallarme el recuerdo se me estravió la idea de tales pensamientos. Y fué biendo las muchas maravillas destas huertas y sitios Amenos, y assí me avino que teniendo el propósito de esclareçer y aclarar Me hallé yo enredado y sin saber por donde saldría. Y suce- de que con el deseo de hallar vuestro Camino estrabié mi vereda, y entre tantas arboledas y matorrales de viçiosas rramas dificultando el paso por delante E los dos lados, se hizo mayor el labirinto,

aunque no lo era tanto como aquella otra Espesura del çelebro en la que me pusieron lo que me habíades dicho açerca de las confusiones y paresçeres contrarios de los Coronistas. De lo qual digo que no usaré de eçesivo rigor con ellos puesto que En ese punto tampoco estuve yo tan claro como se requiere, y ansí me hallava nesçesitado en gran manera de un habil y diestro Piloto que llebase su sonda para dezir nabega por esta parte y saldrás destes baxos de yervas E palos espesíssimos, y en la otra dificultad Por allí tienes la Canal para salir de ese peligroso y rrevuelto seno de hystorias donde hay tales rrocas y Escollos con tanto borrón y tanto atrevimiento y osadía, para que diga una de ellas Esto pasó negro y la otra fue blanco y venga una tercera A dezir no fue blanco ni negro antes bien, fué colorado. Y luego dixes pesia Mí que soy neçio, para qué gasto más palabras y çavilaciones sobrello, pues se me acordó que vosotros no le dais ymportançia al yr siguiendo el camino de la manera esácta E igual sobre los pasos e huellas como lo fuymos haziendo quando lo de Cortés los que con él binimos á estas partes de México y la Nueva España, porque en seguida hize memoria de aquello que haveis Escrito en lo de Coçumel, donde dize el por que deste viage es seguir En sus grandes líneas y trazado general aquella rruta para que sirba al fin de nuestro propóssito y no me-

ternos A rreñir ni armar chirinolas por si pasó á la derecha deste çerro ó fue por la mano izquierda de aquel rrio, y otras rrazones semejantes que allí haveis puesto. E digo ahora tan prolixamente estas cosas, apartándome del camino de mi cuento, puesto que deste modo se me asosiega el Animo antes de rrecordar la temerosa aventura deste dudoso Caso que acaba de me suçeder, y assí tambien porque la plática esta ha sido ocasión de dezir nuebamente con palabras semejantes lo que ya Vosotros habedes dicho, puesto que yo tengo ynspirancia como hombre prudente que soy En esto de escrevir rrelaçiones, que en estas Enpresas suçede como en las buenas y berdaderas crónicas que hay nesçesidad que algunas cosas buelvan atrás á se reçitar para que se Entienda bien lo que se ha hecho y lo que se quiere hazer Y lo que se escribe. E ahora bolveré á mi cuento, que fue que estando en aquellas cavilaçiones de haver perdido mi Camino sin hallar el vuestro, llegado que llegué á un çierto sitio del bosque donde me paresçió menos Espeso de yerbazales y marañas, en aquella zazón es Dios servido de permitir que el demonio Enemigo del género humano se entró por aquel parage, y A lo que creo queria derribar abajo las montañas E arboledas con un muy grande y terribilíssimo Estruendo ynfernal, de lo que hobe como cosa segura que allí estaba el Malo con toda su Corte y servidumbre de

condenados y Angeles rrebeldes, por el gran rruydo cada vez mayor, Y todos ellos yban açercándose donde yo estaba con tales bufidos y un temblar E moverse el suelo y rruydo de yerros como de Cadenas y golpes En grandes calderas. Y yo, Santíssima virgen mia de la Victoria que avré buelto ahora al mundo para que me arrebatte la Bestia con sus garras. En un mesmo instante que Esto dezía inbocando muy devotamente el ayuda de Dios, más súbito de lo que se tarda En decillo pensé, ánimo pecho mío y braço mío, que somos de aquellos Esforçados varones que en los más grandes peligros no los conosçeríades tener pereza ni volver el rostro á los mayores ynconvenientes. E fuí á poner mano A la espada, por la costumbre que En llegando la ocasión uno se acuerda de lo que es preçiso hazer, y yo con el peligro de aquel suçeso pensé llevar Espada en el çinto y no traya como bien sabeis, puesto que todos los Capitanes que ahora bolvemos de arriba á esta Comemoraçion de méxico ninguno lleba Espada ni rrodela ni otras armas si no solamente este brotezuelo de olivera sobre del pecho como por galanía de Paz y buena amistad. Y estava diziendo que en aquel punto de hazer además por el açero, por poco me caigo muerto acabado, Y fue que se oyó un silbido como de cosa Mágica que no lo açertaré á dezir y tan estraña y nunca jamás vista ni oída En el mundo en todos los días de mi

vida. E con aquel Estruendo que propio se venía Encima de mí, pasar con tales bufidos un descomunal y feísimo Dragón todo negro y tan grande y largo, Y echaba por la boca en alto tales soplidos de humo y chispas, y por otras dos bocas ó narices en la parte baxa de la Cabeza que se arrastraba y tocava el suelo otros chorros ó surtidores tambien de humo. E apenas vide aquello que lo tuve por terrible E segura señal de muy mala abusión y Agüero, que en quando sentí que la fiera Ynferral no me llevaba con Ella torné algo en mi sentido de aquel prodigio, de no creerse si no lo hobiera bisto de mi propia vista, y de Encontrarme con la vida y con todos los huesos y otras partes de la persona sin haver sufrido daño aparente, no me atreví hazer otra cosa, que con todas las ganas y A la buena ventura entrarme corriendo por el bosque Espeso sin arrearar en los peligros de tanta rrama y Espinas y fosos y troncos E demás ynconvenientes, que se me figura haver corrido mill años y uno más. Y loado sea Dios muy prósperamente, vos he açertado A descubrir desde aquel montezuelo y me soy entrado en Esta huerta saltando la Estacada de rramas de la çerca, y no sé los daños que avré hecho, miren tronchado ese arbolito de Naranjas y esas otras matas de Gardenias que todas ellas se han sacudido de las rramas, y aquel otro jazminero que toda la blanca Nieve de sus florecicas está caída ahora En el suelo, y

LÁM. X



LA RVTA DE HERNÁN CORTÉS

TLAXCALA

miren quanto destroço en esas pobres y humildes plantas de Fresas, que de todo Ello harto me pesa y soy pesaroso en gran manera. Y por mi santo patrón que habrían de me la hazer pagar esta Maldad. . . »

♦♦♦

Y las plantas destrozadas: el fresal pisoteado, las gardenias y jazmines—cual lágrimas de pureza, regadas sobre el tapíz de verdor esmeraldino—pagaron aquel ultraje con oleadas de aromas que envolvieron á la *Sombra* en el invisible manto de un gran beso de perfume. . .



¡Habíamos resuelto ya el problema!

De un lado, quedábamos neutrales en el pleito de encontrados decires acerca del camino que tomara Cortés para pasar á la otra parte del Cofre de Perote—y ya se ha dicho que en la índole de esta crónica nuestra ningún papel se asigna á tales opiniones en discordia, con lo cual bien quedamos con unos y con otros: con los que dicen fue por Xicochimalco y los que afirman que fue por Naolinco; pues nosotros, para no disputar, ni ponernos en desacuerdo con fulano ni arriesgarnos á suscribir lo dicho por mengano, tomaríamos la ruta del *camino de enmedio*. . . Y de otra parte—siguiendo tal camino—al ganar, en pocas

horas, dos jornadas del tiempo que habemos disponible (perentorio, angustioso, á plazo fijo) será posible, siempre á costa de una enorme fatiga, llevar á cabo cuanto hemos prometido.

Además, reforzando estas razones que bastarán, creemos, á explicar plenamente la en apariencia absurda y paradójica resolución tomada, considere el lector—muy en serio, sin que le espante lo extraño de la idea—estas preguntas:

¿Quién resiste al deseo de atraer á estos tiempos de adelantos pasmosos á alguien que represente las épocas remotas, estableciendo así el contraste peregrino del alma y de la vida de ambas edades, imaginándose—diremos por ejemplo—resucitar en pleno siglo xx á un hombre que vivió tres, cinco, ocho, ó doce siglos antes?... ¿Quién no ha pensado nunca en los cruzados de Gofredo Bullón yendo á Jerusalem en automóvil, ó en Cervantes escribiendo á máquina el *Quijote*, ó en Nerón en su „baño“ con luz, ventilador y estufa eléctricos, ó en Carlos V dictando por telégrafo las órdenes que impone á medio mundo?...

El silbato del tren, su estruendo de progreso, su penacho de humo confundiendo el hálito vigoroso de la ciencia, al perfume—poesía—del jardín cultivado y del salvaje bosque... El pensamiento fijo en los hombres, la época y los usos de cuando la Conquista... Considerar los obstáculos de aquellas caminatas por estos

fragosísimos lugares que hoy cruza la veloz locomotora... La ficción del espanto imaginado en la *Sombra* del héroe que nos guía... ¡Aquí de Arquímedes el jubiloso: *Eureka!*

¡Ya está resuelto el tremendo problema del inseguro itinerario y de ganar dos días en la marcha!

Tomaremos la ruta del *camino de enmedio*:

Este, es... ¡el ferrocarril!

Y en él—no os extrañe la idea—con nosotros tomará su billete y su puesto el bravo Bernal Díaz, para que del „Dragón mostrudo“ y otros „encantamientos ynfernales“ conozca los prodigios quien cruzó estas montañas, ha casi cuatro siglos, pasando toda suerte de fatigas y peligros muy grandes, sin que el ánimo fuerte desmayase ni el pecho diese abrigo á la pavora...



„...Oh, quan grand assombro y portento nunca visto, ahora que ya se me es ido algo el Temor, puesto que los peligros de çerca no son tan Espantables, y tanta fuerza me habedes fecho que sin rremedio dixen pues que no sientan Estos tales mi flaqueza A tal estremo que digan mentiroso soldado es Este que seguramente no estuvo en descubrimientos ni conquistas, antes bien nunca salió del Corral de su casa donde lo tenían puesto A cuidar las gallinas. E con aquella vio-

lencia, vamos adelante puesto que quien ya se ha muerto una vez sabe la cosa Mayor que le puede acaescer, pero con todo lo dicho no habrá de negarse que esta máquina es aparato E artefacto notable de mucha Admiración de ver como se mueva y arrastre y corra sin que tiren della mulas ó Dromedarios ni otra clase de açémilas de fuerza, y esto yo nunca me pude ymaginar que fuese, ni soñado lo vide ni lo comprendo luego de haver bisto otras tantas Cosas en grandísima copia, todas de ver y habiendo pasado tantas Mares y venir de tan lejos tierras. . . .»

—Todo eso tiene vida por el fuego y por el agua que producen esa fuerza: aquel vaho silbador que en dos chorros de bufidos se escapaba de las fauces del negro dragón horrible que en la selva os asaltó. . .

De ese *humo*, el vapor, dice un poeta, llamándolo „benéfico portento de la humana invención“, que

dominando á placer el vasto aliento

encerrado en un tubo, con rapidez pasmosa lleva al hombre al través del Océano y de los continentes.

Ese vaho que se escapa —no apreciado— de la vulgar marmita, aprisionado en calderas y en cilindros impulsa naves, arrastra estos convoyes que bien llamaste „sierpe furiosa, enorme“, la cual en sus anillos lleva de unas tierras á otras, riquezas, pobladores, vi-

sitantes, los productos del suelo y de la industria. Y por el facil contracambio de gentes y de cosas, la humanidad ha estrechado sus vínculos, los pueblos más remotos ya son vecinos entre sí, y el trato asíduo, las comunicaciones expeditas y cómodas, la distancia vencida y el tiempo acelerado, han convertido en hecho el pensamiento de que ya el hombre es ciudadano de todo el vasto mundo que habitamos.

Esa fuerza, también, mueve la fábrica que elabora alimentos, vestiduras, cuantos enseres la complicada urdimbre de la vida exige para sernos útil y grata, y que así abaratados ya no son privilegio de unos pocos, ya no están reducidos á ofrecerse, rudimentarios, sólo los precisos á las necesidades primitivas; sino que llegan á todos los hogares y todas las esferas, son comunes al grande y al pequeño, y aquella elemental necesidad, tiránica, imperiosa en sus groseras exigencias, se desdobra ahora en mil diversas formas de complemento, despertando otras ansias de otras necesidades secundarias: el deseo de la comodidad, de lo que es bello, de lo que es agradable, de lo que nos invita á erguirnos sobre el suelo, á distender los miembros corrigiendo la postura innoble del simio, según dicen, nuestro remoto abuelo —en la estructura animal, no en el espíritu— y nos constriñe á levantar la cabeza de la gamella del grosero afrecho, haciendo que los ojos *se levanten* también.

Ese "humo", el vapor, . . . —mas, ¿qué, demudado otra vez y receloso, atendéis al estruendo inofensivo del leviatán rodante del Progreso? . . .

♦♦♦♦

" . . . —En Dios y en mi ánimo vos aseguro Y os doy mi fe que no açierto A rremediar estos mudamientos de rrostro, y tengo para mí que son á causa de no ser Echo á estas novedades. E por ello se me han puesto aquí en la tapa del çebro todos estos rruydos y esta Intranquilidad de tan gran movimiento, Y digo que os soplico y rrequiero de ver que se pare y detenga esta máquina de mis pecados, aunque me lo tengan por Cobardía y poco ánimo, que no estoy ya más para estas cosas y no quiero ser más loco, y que ya me tiene rrebuelto el Cuerpo y de seguro que voy A pasarlo más peormente que quando por la mar se adolesçe de aquella fea dolencia que todo son Erutos y sudores frios y otras cosas peores. Y desto no digo más, que ya he dicho las rrazones que convenía dezír, Y es que nos baxaremos deste Endemoniado artefacto, y iremos En gracia de Dios tranquilos y sosegadamente andando A pie sin sobresaltos hasta qualquier parage que lo havrá por estas partes, donde se rrescaten dos buenos Cavallos ó una mala mula y si no lo hay aunque sea medio Asno. Y dale dale que no haya miedo, ya me lo estais diziendo hartas vezes, y veo que desta Condenación y martyrio no he de verme libre, Y pues-

to que assí es salgamos á ese balcón delantero desta jaula Encantada. E sea Dios loado con grandes Alabanças puesto que no soy visto desas gentes viaxeras y ansí no harán burla destos trabajos y Tribulaciones que estoy sofriendo, y qué cosa tan linda y graçiosa que me daría de puñadas en el rostro, Es verme á mis Años haziendo pernetas caminando con este movimiento y trompadas del un lado y otro. Y por ventura que aquí En el balcón hay mejor ayre, y cata cata montesinos como dixo aquel, que todo en esta Tierra está mudado En cosas mágicas ó es que ya tengo yo el seso puesto del rrevés, y miren sino esas Estacas como corren en contrario, con esos alambres por arriba como rred, y ahora vean aquella choza grande como Casa con sus astas muy sutiles arriba en la azotea Y digo yo qué príncipes ó Caçiques tendrán tantas vanderas para poner arriba del Palacio. E por vida de sanes y canes, que En esto sí que no dirán que ando desconçertado en mis rrazones, y es que tengan como Cosa segura de que nos vamos A ver en algun rrencuentro de guerra ó rrençillas de pelea, pues oygan por el lado de aquello que paresçe un gran Barranco como se oyen disparos de cañón. E avemaría graçia plena, que será por Escapar del peligro de sos tiros, pero arreparen de la manera desaforada que corre esta Máquina, y digo que viéndola como corre con tanta Frenesía por la tierra, después desto que Veo

y no me muero subitáneamente ya no havia de maravillarme que En teniendo la ocurrencia de hazerlo, lo qual plega á Dios tal no permita, que se havia de dar á volar tambien por los Ayres. E déxalo aquí puesto que no curo del Espanto y aun me lo van A tomar por niñerías...»

♦♦♦

—En todos los motivos de ese asombro, llega al completo—casi—la suma de prodigios de esta época nuestra:

De esos hilos por el alma metálica, corre invisible—en signos y en sonidos—el pensamiento humano, salvando mares, trasponiendo sierras y llenando el espacio de rúbricas de ideas; con tal velocidad, que compararla de este convoy á la carrera que tanto os maravilla, fuera decir que ahora viajamos sobre el caparazón de una tortuga...

Ya el rayo, dominado por el genio del hombre, ni causa espanto ni males acarrea, cuando, de la tormenta desprendido, lánzase lívido de furor y ansiando destrucción, sobre la tierra: esas astas de acero, sutiles y de nada en su apariencia—y cuya punta brillante semeja argénteo índice anunciando á las nubes que bien pueden cejar en sus enfados pues las saetas de fuego que generan no son ya sino fuegos de artificio, bellos é inofensivos—pescan y cazan en el mar del cielo las centellas que, peces voladores ignicentes, van sumi-

sos á dejarse prender por el anzuelo, á clavarse ellos mismos en la lanza de la gloriosa pértiga de Franklin...

No de guerra el estruendo repercute en las cuencas del valle dilatado. Con cada cañonazo que retumba del monte en las innúmeras gargantas, de la tierra—violenta en el misterio obstinado con que guarda y defiende, resistente, sus inmensas riquezas—avanza un paso el hombre en el camino por donde va al rescate del tesoro de gemas y metales que custodian los gnomos.

Y no os espante de vuestro pensamiento la tímida, inconsciente profecía al suponer convoyes voladores:

La divina chispa que de su esencia omnipotente puso Dios en el cráneo—sacra urna—del hombre, „que es su imágen“ y el instrumento de su poder aquí en la tierra, no es luz é impulso cuya expansión creadora tenga asignado límites.

Si en el dominio de fuerzas y elementos la voluntad humana un paso más avanza cada día, y domeñó la furia de los mares y el fuego de las nubes, y exploró en las entrañas del planeta, y venció las distancias, é hizo suya la vibración universal que vive en el recóndito seno de las cosas—transformándola en luz y apriionando su energía en frágiles vasijas y en sutiles hilos—y hasta se atreve á inquirir en la vida de los astros, ese trasunto de la divinidad, llamado HOMBRE,

no había de ser menos que las aves—señoras del espacio—y ya, osado y mártir y héroe de firmeza y de constancia en el glorioso empeño, ya se lanza del aire en las regiones, seguro—en plazo breve—viajero soberano de los cielos. . .

♦♦♦

En Perote—donde, como dice un romance

Yo sólo te aseguro, lector mío,
que allí hay muy buena gente... ¡y mucho frío!

nos esperaba la escolta militar que el señor Presidente de la República tuvo á bien disponer que nos acompañase, dando así honor y prestigio á la empresa nuestra, y siendo, tal distinción inusitada, una prueba ostensible de cómo fué recibido por el Gobierno de Méjico esta humilde pero muy sincera y muy entusiasta iniciativa para asociar el nombre español al regocijo de un pueblo hermano en la celebración del Primer Centenario de su independencia nacional.

Dicha escolta, destacada, por disposición del Ministerio de la Guerra, del 12.º Regimiento Montado, de guarnición en Puebla, llegó á Perote un día antes que nosotros, siendo alojada por nuestro estimado y ya antiguo amigo el General Don Felipe Mier en el soberbio Castillo de San Carlos, cuya inmensa mole cuadrada (fué construída esta fortaleza bajo el plan de que en ella pudiesen maniobrar diez mil hombres),

tiene—en sus enormes, pesadas proporciones y prosaico aspecto—el sello característico del tipo arquitectónico que tanto prodigó Carlos III.

♦♦♦

Tres jornadas, nos llevan á Tlaxcala.

Al mismo límite de este Estado con el de Puebla, á la hacienda „Mancera“, sale á esperarnos el Gobernador, Coronel Don Próspero Cahuantzi, autoridad de mayor excepción en asuntos históricos de su país, que conoce cual nadie.

De raza pura indígena—es un elogio muy justo y muy debido—de un talento natural digno de todo encomio, de larga vida en constante actividad, conocedor de tres ó cuatro idiomas de los pueblos precortesinos, asídúo estudioso, pudiendo hacer—„á ciegas“—el mapa de su tierra, ginete infatigable, rebuscador constante de datos y noticias en los libros y en los antiguos geroglíficos y en las tradiciones del pueblo y en el sentido de cada palabra de las lenguas indígenas y hasta en las piedras de sus montes natales, el Coronel Cahuantzi es una verdadera viviente crónica, en los anales de la cual—burilados en la bronceína *tabla* de una memoria sencillamente fenomenal—se contiene un inmenso tesoro de historia patria.

♦♦♦

. . . En la Mitra, guardando la frontera de la antigua república, el recuerdo—apenas señalado en las ocro-

sas rocas — de la célebre muralla que defendía á Tlaxcala de sus mortales enemigos los aztecas. Abajo, la llanada donde reverberan al sol los remansos de arena del valle de Huamantla, que diríase un gran río de aguas estancadas en el oblongo dique cerrado entre montañas. Y montañas, paisajes, nombres famosos en cuyo bárbaro enunciado hay vibraciones de un ténue acento de poesía épica, perspectivas, recuerdos, todo mézclase en la retina y en la mente del peregrino:

El cerro Quimichocan... El lugar probable de la batalla en que los escuadrones aguerridos de Chichimecatehutli arrebataron á los castellanos una bandera — la primera perdida en la Conquista — revés callado piadosamente por cronistas amigos: con lo cual los honores de la historia (con tal piedad negados á una enseña, gloriosa aun en poder del enemigo) correspondieron á la decapitada yegua del soldado Morón... Allá, á lo lejos, el cono eternamente blanco del Pico de Orizaba — el Citlaltepétl ó *cerro de la estrella*... Más cerca, el cerro Tzompantzingo, ora real del tlaxcalteca ejército, ora campo de las tropas ibero-cempoaltecas; y á nuestro frente, azulea, velada por la ténue gasa luminosa de la calina, la elegante silueta de la Malinche, la montaña del poético nombre *matlalcueytl* ó sea «la mujer de la enagua florida» por las campánulas color de violeta que tejen regio manto sobre el cuerpo yacente que visto desde lejos finge el

contorno de la serranía, en cuyo nombre popular nos place ver algo así como un eterno monumento á la memoria de aquella insigne india que se llamó Doña Marina: el mejor apóstol y soldado que Dios y Carlos V pudieron hallar en estas tierras para someterlas á la ley del primero y al cetro del segundo...

Y en nuestra ruta, al través de arenosos fértiles campos donde abren sus enormes cogollos de pencas arqueadas los magueyes y amarillean en su muerte temprana los maizales que, apenas nacidos, quemaron las heladas, brotan también á cada paso — secos ya por el hielo de los tiempos — los recuerdos de la gran epopeya:

Que aquí, en el *pequeño* solar de la *gran* república tlaxcalteca, fué honrada la aventura de Cortés y su gente con la heroica resistencia de un pueblo fuerte defendiendo su tierra de la invasión extraña. Aquí, se puso á prueba el tesón indomable y el potencial inmenso que en sí llevaban aquel puñado de soldados y la empresa que hubo de confiarles el Destino. Aquí, resplandeció en los pintados cuerpos — «como estandartes» — y en las capas de plumas irisadas, y en las cuchillas de obsidiana de las macanas, y en la insignia de la *garza blanca*, y en los vistosos cascos, y en el bélico son de las bocinas y de los *teponatzles*, y en el águila de oro y esmeraldas, en los arreos y en el desnudo de las bravas milicias del joven Xicotencatl, res-

plandeció, decimos, la valía de aquel pueblo rebelde á todo vasallaje extraño.

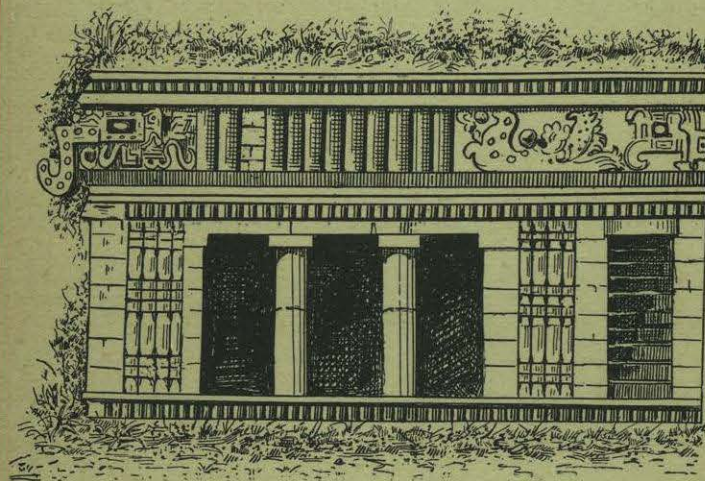
¡Y si el Conquistador mereció de su esfuerzo y de su suerte tener por aliados á gente de tal brío y tal pujanza, doblemos la cabeza con profundo respeto ante el hecho estupendo! Y, desdafiando el riesgo de merecer el mote (no se sabe si denigrante ú honroso en estos tiempos) de *creyentes en cuentos de misterio*, demos aquí un lugar á la sospecha de algunos senadores de la antigua Tlaxcala:

"... Tenemos de nuestra antigüedad cómo han de venir gentes de la parte de donde nace el sol, y que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos... Estos son y estos nos vienen á buscar, y no son otros".



¡Oh vetusta Ciudad que fuiste un día
"Roma del Anahuác precortesiano!"

G. Fernández de Lara.



Cap. XII